

LATINOAMERICA

CUADERNOS DE CULTURA LATINOAMERICANA

49

DIEGO DOMINGUEZ
CABALLERO

**MOTIVO Y SENTIDO
DE UNA INVESTIGACION
DE LO PANAMEÑO**



COORDINACION DE HUMANIDADES
CENTRO DE ESTUDIOS LATINOAMERICANOS/
Facultad de Filosofía y Letras
UNION DE UNIVERSIDADES
DE AMERICA LATINA

UNAM

DIEGO DOMINGUEZ
CABALLERO
**MOTIVO Y SENTIDO
DE UNA INVESTIGACION
DE LO PANAMEÑO**



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
COORDINACIÓN DE HUMANIDADES
CENTRO DE ESTUDIOS LATINOAMERICANOS
Facultad de Filosofía y Letras
UNIÓN DE UNIVERSIDADES DE AMÉRICA LATINA

DIEGO DOMINGUEZ CABALLERO (1915) filósofo panameño. Hace sus estudios de filosofía en la Universidad de Panamá, y los continúa en la Universidad de Chicago en los Estados Unidos. Posteriormente realiza el doctorado en la Universidad de Madrid. En 1948 se inicia como catedrático de la Universidad de Panamá, siendo Decano de la Facultad de Filosofía, Letras y Educación de la misma Universidad entre 1953 y 1954, para convertirse después en director del Instituto de Investigaciones Filosóficas.

Su preocupación, como posteriormente la de otros filósofos más jóvenes, como Ricaurte Soler, se orienta hacia el estudio de las ideas filosóficas en Panamá, así como a la enseñanza de la historia de filosofía en Iberoamérica. En el trabajo que publicamos se pregunta sobre los motivos y el sentido que tiene la investigación de lo panameño. Estudio, nos dice, que no es producto de una simple curiosidad, sino el resultado de una necesidad. Otros esfuerzos se han hecho en este sentido en la América Latina, como los de Samuel Ramos en México (Cf. *LATINOAMERICA*, 48), Martínez Estrada en la Argentina y otros más. Preocupación que surge en Panamá en relación con los problemas de su independencia y la manipulación que sobre ella, realizará el imperialismo de los Estados Unidos para apropiarse de la zona del Canal. (Cf. Justo Arosemena, *LATINOAMERICA* 56). Se plantea igualmente, el problema de la relación que guarda un hombre concreto como el panameño con el Hombre, como expresión de la universalidad del mismo.

MOTIVO Y SENTIDO DE UNA INVESTIGACION DE LO PANAMEÑO

Diego Domínguez Caballero

I

La búsqueda de lo panameño no se efectúa por impulso de curiosidad sino de necesidad. Por eso los hallazgos sobre este particular han de ser de importancia fundamental para nuestro ser como nación.

Nuestro poeta Miró se dolía y lloraba por su patria lejana desde elegante ciudad europea. Comprendía con maravillosa intuición poética que había algo en nuestro paisaje y en nuestra gente de la cual él se sentía angustiosamente separado: lo panameño. Nosotros nos dolemos y ansiamos encontrar a Panamá, situados en el centro mismo de nuestro territorio. Queremos explicitar la intuición de lo panameño, que sería llegar a la esencia y actitud de nuestro ser. Hay dolor y angustia en esto de estar tan lejos y tan cerca de nosotros mismos. Es menester que empecemos a caminar hacia nosotros mismos y lleguemos a penetrar en nuestra esencia para poder entender, en forma cabal, cuál ha de ser nuestro puesto y nuestra actitud.

Sentimos ya, desde el punto de partida, una extraña sensación de ansiedad; nos invade un malhadado complejo de inferioridad que nos lleva a preguntarnos si vale la pena la búsqueda y si no terminaremos con un *intento* de aprisionar la brisa y recoger la sombra. Y, en este estado de ánimo, nos sentimos como un país pequeño, con escaso puesto en la historia; que vegetamos al lado de la gran obra técnica que se levanta en nuestro suelo; que somos como una hormiga que ha realizado una labor mínima, que en su insignificancia nada debe pedir y a la que se mira ocasionalmente como si nada hubiera dado.

Pero es exactamente aquí, en nuestra "inferioridad", donde encuentro el asidero más firme, el motivo mismo de mi preocupación; es aquí donde está la esperanza; en ese darnos cuenta de nuestra miseria.

Un escritor panameño, Joaquín Beleño, lo ha dicho con toda la fogosidad de su juventud, con desesperación que le ha impedido poner velos a la verdad. Luego de gritar: "Es absolutamente necesario que yo sepa quién soy" dirá estas palabras en las cuales se presenta nuestro complejo de inferioridad irritado hasta límites extremo: "Lo que más debemos respetar es el privilegio de haber nacido panameño. No es curioso que el mundo tenga millones de habitantes y que aquí donde no

hay medio millón, yo sea precisamente uno de ellos. No te parece una honrosa coincidencia que todavía seamos latinos”.

Es en este sentimiento de protesta inútil en donde se nota el complejo de inferioridad llevado más allá de todo posible límite. Es ese sentimiento de protesta inútil, esta sensación onírica de grito sin voz, de un ataque sin brazos, de un mirar sin ver, lo que hay en el fondo del alma panameña y que lo vemos aflorar en muchas maneras de actuar y de sentir.

Ningún país está más necesitado de esta labor de encuentro y de reconocimiento que Panamá. Nuestra independencia de España, afirmó el visionario Bolívar, es el monumento más glorioso que pueda presentar a la historia ninguna nación americana. Años más tarde, antes de nuestra separación de Colombia, Justo Arosemena, el panameño por excelencia, afirmaba:

Mirad el mapa, la naturaleza dice que allí comienza otro país, otra entidad, y la naturaleza no debe contrariar sus poderosas e inescrutables manifestaciones.

Nuestra separación de Colombia se produjo el 3 de noviembre de 1903, sin sangre y sin batalla. Era un acto que teníamos que *justificar* ante América y el mundo. Los mártires y las víctimas convencen. Nosotros no teníamos ese argumento de la sangre derramada y las vidas sacrificadas. Teníamos que justificar nuestra acción. Y toda justificación lleva en su raíz un complejo de culpa. ¿De qué fuimos culpables los panameños en nuestra independencia? ¿Se justifican los ataques de propios y extraños a nuestros próceres? Nos encontramos en la peculiar situación de un pueblo que pone en entredicho a los hombres que le dieron la libertad. Necesitamos afirmar —y esta afirmación nuestra está avalada en la misma historia— que nuestro sentimiento de panameñidad es algo que se remonta más allá de nuestra separación de Colombia. Antes de nuestra independencia de España, el 28 de noviembre de 1821.

Se ha insistido mucho por parte de propios y extraños que no somos realmente una nación; que tenemos influencias y factores que casi destruyen ese concepto de nacionalidad. Para que el ser de una comunidad humana pueda existir, se ha dicho y por pensadores de prestigio, es menester que esta comunidad esté estructurada por un mismo idioma, un mismo territorio, una misma economía y una misma cultura. La ausencia de cualquiera de estos factores hiere terriblemente la condición del ser nacional. De acuerdo con esta afirmación los panameños estaríamos heridos de muerte. Más aún, tenemos incrustado en nuestro mismo corazón la espina extranjera con la que se pretende negar nuestra soberanía, base imprescindible para la nacionalidad. Los panameños todo lo tenemos en nuestra contra. Pero, a pesar de este hado adverso, insistimos

que es, exactamente, en esta lucha agónica por existir, donde encontramos la característica más cierta del ser de lo panameño.

Todo parece llevarnos hacia la disolución, hacia la nada, hacia el sometimiento. Nuestros propios hermanos de América nos regatean nuestra posición en el concierto de naciones americanas. Nos hemos encontrado casi solos en momentos cruciales para nuestro ser nacional. Tenemos tristes y amargas experiencias sobre el particular. Es mucho lo que ha estado en contra nuestra. Y, a pesar de todo ello, insistimos de manera tozuda y terca. Y en esta tozudez y en esta terquedad está nuestra más firme esperanza. Hemos pasado las pruebas más terribles que pueblo alguno haya podido sufrir en la historia. Nada ha logrado convencernos de que no somos. Nosotros somos, lo afirmamos rotundamente a la faz de América y del mundo. Somos y queremos afirmar nuestro ser por muy humilde y pobre que sea. Debemos decir nuestra verdad desde nuestra pequeña plataforma. Y empezamos con la más humilde de las confesiones; aunque tenemos la seguridad que nos da un conocimiento vivencial de que somos, no sabemos quiénes somos. No hemos llegado a explicitar de manera rotunda nuestro ser. Pero estamos dispuestos, con humildad socrática, a saber de una vez por todas quiénes somos.

¿Se puede hablar de lo panameño? ¿En qué sentido y de qué manera se puede hablar de lo panameño? Por el momento, se afirmará, precisa tener una teoría de lo panameño. Entendemos teoría como la explicación racional, como el desfile de ideas que nos dirá lo que es o pretende ser lo panameño.

Es claro que hay una *factum*, un hecho, algo dado: afirmamos lo panameño cuando decimos que existe el país llamado Panamá y unos habitantes que se llaman panameños que trabajan y luchan. Nos referimos entonces al pensamiento sobre el panameño, al panameño mismo, a la forma de pensar del panameño y, en última instancia a la cultura panameña.

Hay un motivo que ha traído el tema y, en forma angustiada, lo ha lanzado entre nosotros, insertándolo de manera asaz dolorosa en el corazón mismo de nuestro ser. A más de medio siglo de vida independiente notamos hoy que tanto en literatura, como en arte, como en educación, el panameño se busca, quiere descubrir su autenticidad. A ese periodo de justificación a que antes nos referíamos sigue un periodo que podríamos llamar de afirmación nacional; de un deseo de llegar a lo radical. ¿Qué es esto de ser panameño? ¿Hay algo que realmente tenemos que ser y realizar los seres que existimos en este trozo de tierra que se extiende desde el Atrato hasta la frontera de Costa Rica?

Nos damos cuenta de que, para poder ser, es menester pri-

mero saber qué es lo que se pretende ser. Es necesario explicar la esencia de lo panameño. No basta con desear ser, es menester saber qué es lo que deseamos ser. Y pocos pueblos en la tierra como el nuestro, insistimos, necesitan esa búsqueda de su autenticidad.

II

La cultura es la objetivación del espíritu. La realidad panameña es el producto de la actividad del panameño. Un adecuado estudio de la cultura panameña sería una magnífica forma de adentrarnos en el conocimiento del alma panameña. ¿Cómo se caracteriza el hacer del panameño? ¿Cuáles son las influencias predominantes en ese hacer? ¿Cuáles nuestros problemas frente a los valores?

No creo que el asunto se resuelva o comience a resolverse planteando el problema de si tenemos o no un pensamiento panameño; o un arte o una música o cualquier otro afán humano que se pueda adjetivar como panameño.

Por el momento podemos decir que hay algo que *está ahí*; podemos afirmar que hay *creación*, más o menos precaria, pero hay una creación; y en ese sentido simplista e ingenuo, hay un pensamiento, una literatura, un arte o una música panameña. Pero ¿en qué sentido son panameños? Aquí está el norte de nuestra preocupación. ¿En qué sentido se puede afirmar que algo es panameño como una diferencia específica de todo lo demás? De momento, ingenuamente, responderíamos: una cosa es panameña cuando se produce en Panamá. La contestación no es la respuesta a una pregunta cuya intención apunta más alto. Pero reconozcamos que esa respuesta es el primer sentido que se le da en el lenguaje ordinario: una cosa es panameña porque se produce en Panamá.

Aclaremos este primer estadio en la reducción: una cosa no es *panameña* porque se produzca en Panamá. Tampoco lo será porque trate *temas* panameños. Lo es porque participa o realiza la *esencia* panameña. Y, en este sentido, podríamos hasta llegar a afirmar que muchas cosas que se producen en Panamá no son panameñas. Y otras que se realizan fuera de nuestro cielo son panameñas. Lo más panameño es la obra de arte, podría darse en Barcelona o en Florencia: como la poesía de Miró o una escultura de Arboleda. Y lo menos panameño podría surgir en la Zona del Canal que es territorio panameño o ir agazapado en ese sentimentalismo barato de polleras y cutarras que tiende a invadir nuestra literatura y a desfigurar nuestro folklore. Temas panameños pueden ser tratados de manera no panameña y hasta antipanameña. Lo antipanameño se da, así tiene que ser, en el corazón mismo de nuestra tierra.

Panamá sólo será feliz siendo Panamá. No con la imitación servil de otros modelos, por muy poderosos que sean y por muy atractivos que nos parezcan. Esa imitación no creará en nosotros más que complejos que amargarán nuestras vidas y nos impedirán vivir en forma auténtica. Y con esto no quiero decir que nos aislemos, lo cual no sólo sería tonto y ridículo sino imposible. No quiero decir que echemos de lado la cultura foránea. No se puede ser universal sin primero ser nacional, pero tampoco se puede ser nacional sin una concepción de lo universal. Pero hemos de tomar la cultura y experiencia de otros y asimilarlas; hacerlas carne de nuestra carne; hueso de nuestros huesos. De otra manera la cultura es adorno artificial, cosa muerta, flor de trapo. Hablar en forma pedante, ser una enciclopedia de conocimientos, vestirse en determinada forma: esto es lo que van creando esas tristes élites que en vez de ser motivo de adelanto lo son de estancamiento y obstáculo insuperable para la marcha de los pueblos hacia su espíritu y hacia su mismidad. Los hombres que cargan e interpretan la cultura como adorno y memorización, que suspiran dolorosamente por otras formas de vida, son narcisistas de la especie más dañina. Si la altura nuestra no consiste más que en esas élites de vida artificial, somos cuervos que nos hemos vestido con las plumas de pavo real, que en cualquier momento se nos caen, dejando al descubierto la pobreza y tristeza de nuestro ser. Luchemos contra los individuos —caricaturas de europeos o norteamericanos— contra los integrantes de pequeños círculos e “intelectualitos” que visitaron un tiempo un país extranjero y regresan al istmo para sentir desprecio por él y sus conacionales, y vivir la más absurda y falsa de las vidas.

Es menester estudiar lo extranjero, viajar por países diferentes pero, como observaba Herodoto, para ver cosas, afanándonos por saber. Luego, con nuestras observaciones y nuestro saber, regresar a Panamá para ayudarlo, para comprenderlo mejor. Tenemos una labor gigante por delante que necesita del concurso de todos los panameños de buena voluntad.

III

No hace mucho tiempo un pensador europeo de prestigio declaraba que América no había contribuido en nada a la cultura universal. ¿Hay pueblos *creadores* de cultura y pueblos *imitadores* o *repetidores* de aquella cultura? La pregunta la ha formulado el mexicano Leopoldo Zea.

En el caso específico nuestro y aunque la pregunta nos desazone un poco: ¿cuál es la aportación panameña a lo universal? ¿Somos única y exclusivamente imitadores o repetidores y no tenemos creación alguna que presentar? ¿Estamos nosotros en

rango de inferioridad no sólo en relación con lo universal sino en relación con lo americano? Sé que estoy tocando una parte dolorosa de nuestro ser, pero es menester proseguir para poder también por este lado encontrar nuestra *seguridad*. Ante la reflexión anterior que ha inquietado nuestro espíritu nos hacemos la siguiente observación: ¿se puede *importar* cultura sin que exista una elaboración propia? En la misma forma de importar cultura hay cierta *elaboración*. Hay por lo menos un factor que nos caracterizará: las cosas que hemos elegido. De lo que se produce en la cultura universal los panameños elegimos ciertos elementos. Y esta nota de *elección* será algo que nos ayudará enormemente en la dilucidación de lo panameño. Y aquí un trabajo que propongo a nuestros investigadores: lo que los panameños hemos elegido en la cultura universal. Esto sería un primer y magnífico paso hacia nuestro conocimiento.

Al final de la reflexión anterior podríamos observar: el panameño no sólo elige sino trata de *producir*. Y es ahora, precisamente, donde estamos en el momento en que se ha planteado el problema de lo panameño: nos hemos dado cuenta de que al producir hemos de hacerlo de una *manera* panameña. No podemos parir el hijo de otro. Tenemos que hacer saltar a la vida nuestra propia criatura, por muy fea y contrahecha que de momento nos parezca. Con el correr del tiempo la hallaremos hermosa y la amaremos. Será nuestro hijo y con más valor para nosotros que el más hermoso de los hijos del vecino. Y en este orgullo, bien o mal fundado, estará el principio de nuestra salvación como pueblo. No hay pueblo, por pobre y humilde que sea, que esté condenado a la primitividad.

Ahora bien, ¿cuál es esta *manera* panameña? Y aquí está lo esencial: hemos de descubrir esta manera de la creación, creando. Se aprende a crear, creando. Se llega a ser creador no por conocimiento de técnicas sino por actividad real y efectiva. Y si hoy surge el problema de lo panameño es porque ya está surgiendo esta manera. Es porque los panameños sentimos los dolores próximos al alumbramiento y nos cercan dos temores: no saber cómo hacerlo y el gran miedo de producir algo pobre e indigno.

Resumiendo nuestras reflexiones anteriores: en la cultura panameña se nos presentan por el momento dos investigaciones por realizar: el estudio de las influencias foráneas, lo que los panameños hemos escogido como bueno o conveniente en la gran feria de la cultura universal, y segundo: la originalidad o la creación panameña. Dos estudios que tienen una estrecha y evidente relación.

¿Cómo efectuar la búsqueda de lo panameño? Por el momento podríamos pensar en dos métodos: pretender descubrir la esencia primero y luego separar en dos grupos lo que se

aviene o no se aviene con el concepto de lo panameño; otro método sería descubrir, en lo concreto, los fenómenos y de estos fenómenos adentrarnos en la realidad. Sería conveniente utilizar el último de los consejos. Partir de la cosa, de lo dado, para luego por medio de la reducción, llegar a la esencia. Advertimos que nosotros hemos intentado únicamente el primer asedio. Convenimos en que hay algo paradójico en esta actitud: queremos saber qué es lo panameño pero afirmamos tener ya algo panameño de que partir. Y no puede ser de otra manera porque, aclaremos: en lo panameño *dado* hay lo que no es panameño, o sea, lo que tenemos de común con los otros pueblos del orbe. Esto es lo que tenemos que reducir para llegar a la esencia y encontrar lo que tenemos de peculiar: en esta peculiaridad nuestra, la esencia, encontraremos nuestro reposo o nuestra desesperación. Es en lo concreto panameño donde centraremos la esencia. No tenemos por qué andarnos por las ramas fabricando un andamiaje conceptual ni tenemos por qué esquivar nuestro espíritu y nuestra pasión en una solución de tipo cientificista o meramente intelectualista. Tenemos lo que nos es dado en nuestra inmediatez y evitar ese afán de fabricar teorías sin base en la realidad o tomar como realidad lo puramente estadístico y de tipo cientificista. Hemos de recurrir a nuestra realidad cotidiana y circundante; lo que encontramos al pasar la mirada por el escenario panameño: el conocimiento del historiador, del psicólogo, del sociólogo o de cualquier otro científico que nos estudie pero, junto con ello, el alma en bruto de nuestro pueblo. Todo eso que se nos plantea delante cuando decimos Panamá. Es aquí, a mi parecer, donde han fallado no sólo las teorías sino las pretendidas soluciones a nuestros problemas: ellas no han partido de nuestra realidad, de lo que somos.

Definir es siempre limitar. Y sólo es posible señalar límites cuando se tiene un conocimiento adecuado del terreno que se pisa. La investigación que intentamos no intentará tanto *definir* cuanto *mostrar*. Tomar lo vivencial en su aspecto más puro e intentar su descripción. Lo panameño no es algo hecho de una vez por todas como un objeto real. Lo panameño es algo que deviene, que está en el proceso de hacerse.

El ser de un pueblo se estructura en lo natural y en lo cultural. Lo natural se refiere a todo lo físico, a la región natural vista en sus diversos aspectos y tratada por las distintas ciencias naturales. Lo cultural se refiere al hacer del hombre panameño en cuanto es miembro del grupo que habita esa región natural.

Nuestro territorio ofrece una muy especial situación geográfica. El ser lugar de tránsito y el hecho de que estemos cruzados por el canal ha incidido en la manera misma del pensamiento.

Podemos hablar en nuestro pueblo de una falta de identidad humana. Es posible distinguir, por el momento, tres psicologías: la del *interiorano*, la del *hombre de la ciudad* y la del descendiente de antillanos que nosotros llamamos *criollos*. Junto a lo anterior es menester observar la variada y no muy sana inmigración que hemos sufrido. Nuestro país se caracteriza no sólo por la heterogeneidad sino por la escasez del número de sus habitantes. Nuestras más ricas regiones están aisladas por falta de comunicación. El interior y las ciudades terminales han creado dos ritmos vitales, dos expresiones psicológicas en Panamá. Cruzar el canal, rumbo a nuestro interior, es entrar en otro mundo: sentir de manera distinta. La soledad campesina y la vorágine urbana se incrustan en tiempos y espacios diferentes. El interiorano es un hombre cerrado en sí mismo. El panameño de las ciudades es el caso del típico extrovertido que cuenta a los vientos la historia de su vida. Por otro lado, en las ciudades terminales, es necesario distinguir dos mundos espirituales distintos: el panameño y el criollo-panameño y estos dos están más separados el uno del otro, a pesar de su convivencia, que el panameño de la ciudad y el panameño del interior. Son dos extraños; cada uno aislado en una esfera en cuya superficie rebota todo intento de contacto y comprensión. Cada uno de estos tres afirma el ser panameño en una distinta dimensión e intención. Es menester, no hay duda, anular las diferencias mediante el cultivo de las virtudes activas de cada uno de los grupos en mención y su adaptación a las exigencias de una cultura nacional.

Resumiendo nuestro pensamiento anterior: se pueden comprender las modalidades de un hombre o de un pueblo por aquello que le hace falta. A los panameños nos falta la conciencia de un gran esfuerzo para ser, espiritualmente, lo que debemos ser. Estoy convencido de que el meditar sobre lo panameño ha de trasformarnos y salvarnos.

IV

Estas observaciones acerca de lo panameño no son definitivas; no pretenden entrometerse dogmáticamente en la discusión de nuestras cuestiones nacionales. Quieren, más bien, servir al planeamiento de la discusión; como motivo de reflexión y estudio; como ayuda al proceso dialéctico al cual se debe someter el tema panameño.

Sólo hemos indicado el motivo y sentido que debe guiar la investigación de lo panameño. Hemos presentado lo panameño como problema. Hemos ensayado intensificar una preocupación por lo nuestro. Y esa preocupación por lo nuestro podemos tenerla no importa cuál sea el bando político en que

cada uno se encuentra colocado por sus convicciones o sus conveniencias.

Nosotros comprendemos que hay que luchar por un mundo. Son exactamente los nacionalismos exagerados los que han sido causa importante de las guerras. Pensar en términos de *mi mundo* —el mundo nacional como única realidad y único objetivo a perseguir— y el *otro* mundo —el mundo de lo extranjero, que no debe preocuparnos—. Pero, a la vez, para formar un mundo es menester que cada uno sepa cuál es su lugar y posición. Y esto es lo que los panameños, quizás con más urgencias que otros grupos, necesitamos saber: cuál es nuestro lugar y nuestra posición. Cuál es nuestro espíritu y nuestra historia. Hasta que no lo sepamos andaremos de uno a otro lado azorados; cargando complejos; ocupando falsas posiciones. Careciendo de personalidad. Por ello y de acuerdo con las reflexiones anteriores lo panameño, por el momento, es esto: búsqueda de la autenticidad que es objetiva en una labor de encuentro y reconocimiento. Cuando nos conozcamos a nosotros mismos podremos contribuir a la gran obra de unificación mundial. El conocimiento de nuestras debilidades será el comienzo de nuestra fortaleza. El conocimiento de nuestras posibilidades, el renacer de nuestra esperanza y nuestra confianza.

Ha comenzado a preocuparnos cierta conciencia de lo propio, cierto sentido de lo nacional. En nuestros días y por muchos caminos —la música, las artes plásticas, la novela, el cuento, la poesía y los ensayos y también la economía y la política— se intenta concretar una intuición de la vida panameña actual. Preocupa hoy a todo el país y hay nuevas actitudes en este sentido tanto en la manera de apreciar la vida económica como la vida espiritual. Afirmo decididamente pues que hay en nuestro país una gran necesidad de vocaciones raizales que es menester ayudar y alentar. Son ellas las que expresarán y forjarán lo panameño.

Hay que partir, lo hemos dicho más de una vez, del hombre panameño, hay que descubrir el modo esencial de ese hombre, sus formas espirituales cubiertas de sentido original, sus inclinaciones y sus aptitudes y su vocación histórica. No es fácil, por cierto, esta tarea en un país joven, casi niño, de población heterogénea y de hogares sin uniformidad de creencias y costumbres como el nuestro. La escuela y aquí incluyo la universidad, ha de cumplir una profunda tarea de nacionalización. Hay que hacer de nuestros niños y nuestros adolescentes, panameños. Las nuevas generaciones han de ser identificadas dentro de un ideal nacional. Ya lo hemos explicado: ni una imitación servil de lo extranjero ni un nacionalismo exagerado y ridículo. Somos hombres con un sello nacional, pero con un poder de comunicación universal. A medida que el hombre se

eleva en los dominios de la cultura siente una marcada tendencia a alcanzar el espíritu del hombre universal pero dentro de él vibra el ser nacional. Nuestra educación debe propender en los individuos y en la sociedad al desarrollo y afirmación de una cultura panameña que no puede ser sino cultura universal con acento propio, con matices típicos, con expresiones de nuestra alma nacional. Esta orientación preparará en los jóvenes la capacidad de crear desde la circunstancia panameña y de reconocer lo panameño en los productos del espíritu nacional: nuestro arte y nuestro pensamiento.

Sólo así encontraremos serenidad. Decíamos en un trabajo nuestro acerca de una Universidad Panameña:

Es menester una investigación en la esencia de lo panameño. En nuestras aspiraciones y deseos, en nuestra personalidad. No dejar que un sentimentalismo tropical ponga cortina de humo a nuestras fallas y defectos. Conocernos y adquirir nociones de nosotros mismos es nuestra tarea más urgente. Comprendernos y desde esa comprensión emprender el camino de nuestro mejoramiento.

Sólo siendo verdaderos y reales panameños podremos aspirar a ser hombres internacionales. De otra manera seríamos —y jamás como en nuestro caso el peligro es más inminente— absorbidos por cualquier gran nación o potencia. Seamos personas no adornadas femenilmente con culturas extranjeras sino poseedores de un arma que ayude a destruir nuestros prejuicios, a afirmar nuestros valores, a conocer nuestro espíritu y nuestra alma. Y en este particular no debemos sentirnos pesimistas.

Siendo director general de Publicaciones Jose Davalos
se terminó de imprimir en los talleres de Imprenta Madero, S. A.,
Avenida 102 México 13 D. F. en septiembre de 1979.
Se tiraron 10 000 ejemplares.

TOMO IV:

31. John L. Phelan, EL ORIGEN DE LA IDEA DE AMERICA. 32. José Gaos, ¿FILOSOFIA "AMERICA"? 33. Ezequiel Martínez Estrada, LA LITERATURA Y LA FORMACION DE LA CONCIENCIA NACIONAL. 34. José Carlos Mariátegui, ¿EXISTE UN PENSAMIENTO HISPANOAMERICANO? 35. João Cruz Costa, EL PENSAMIENTO BRASILEÑO. 36. Simón Rodríguez, DEFENSA DE BOLIVAR (fragmento). 37. María Elena Rodríguez de Magis, LATINOAMERICA EN LA CONCIENCIA ARGENTINA. 38. Antonio Caso, MEXICO Y SUS PROBLEMAS. 39. Augusto Roa Bastos, IMAGEN Y PERSPECTIVAS DE LA NARRATIVA LATINOAMERICANA ACTUAL. 40. Bernardo Monteagudo, ENSAYO SOBRE LA NECESIDAD DE UNA FEDERACION GENERAL ENTRE LOS ESTADOS HISPANOAMERICANOS.

TOMO V:

41. José Figueres, LA AMERICA DE HOY. 42. Juan Bautista Alberdi, SOBRE LA CONVENIENCIA DE UN CONGRESO GENERAL AMERICANO. 43. Guillermo Francovich, SOBRE EL PORVENIR DE LA CULTURA BOLIVIANA. 44. Diego Portales, CARTAS SOBRE CHILE. 45. Frank Tannenbaum, ESTADOS UNIDOS Y AMERICA LATINA. 46. Alcides Arguedas, PUEBLO ENFERMO (fragmento). 47. Harold Eugene Davis, LA HISTORIA DE LAS IDEAS EN LATINOAMERICA. 48. Samuel Ramos, EL PERFIL DEL HOMBRE Y LA CULTURA EN MEXICO (fragmento).

**RECTOR**

Dr. Guillermo Soberón Acevedo

SECRETARIO GENERAL ACADEMICO

Dr. Fernando Pérez Correa

SECRETARIO GENERAL ADMINISTRATIVO

Ing. Gerardo Ferrando Bravo

DIRECTOR FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS

Dr. Abelardo Villegas

CENTRO DE ESTUDIOS LATINOAMERICANOS

Dr. Leopoldo Zea.

COORDINADOR DE HUMANIDADES

Dr. Leonel Pereznieta Castro

CENTRO DE ESTUDIOS SOBRE LA UNIVERSIDAD

Lic. Elena Jeannetti Dávila

UNION DE UNIVERSIDADES DE AMERICA LATINA

Dr. Efrén C. del Pozo